

renuncia entró á sustituirlo el gobernador interino ciudadano *Santos Degollado*. Durante el desempeño de su encargo prestó importantes servicios á su patria en aquellas difíciles circunstancias. Alentó el patriotismo de los pueblos, envió dinero y armas para la campaña contra los americanos. Por algun tiempo y con licencia de la legislatura del Estado, se reunió en Querétaro con el gobierno general, emigrado de México, y allí como senador, para cuyo encargo habia sido electo tambien, ayudó con sus sabios consejos que no fueron escuchados del todo.

Ocampo queria, ó la paz con la dignidad, ó la guerra indefinida.

Hemos indicado que su permanencia en Europa le habia hecho contraer algunos créditos que unidos á los veintisiete mil pesos que reconocia en Pateo á favor de un coheredero de doña Francisca Tapia, importaban una suma considerable que el señor Ocampo quiso pagar, sin omitir sacrificio al-

guno. Con este objeto propuso en venta la referida hacienda, que compró el señor don Claudio Ochoa, habiéndose reservado su antiguo propietario una fraccion inculta que se llamaba “Rincon de Tafolla.” Libre de esos compromisos, se consagró á formar su nueva finca rural: tomas de agua, potreros para las sementeras, bosques, jardin, una modesta, pero poética casita; he aquí la Fernelly del filósofo michoacano. Los viajeros que hacen el camino entre México y Morelia, nunca pasan por aquel sitio sin exhalar un suspiro á su memoria. Los que por primera vez transitan por aquel lugar preguntan cuál de aquellas haciendas pintorescas se llama Pomoca.

*Pomoca*, el anagrama de Ocampo, es el nombre de la humilde alquería.

Á pocos pasos corre un manso arroyuelo, cuyas márgenes están cubiertas por seculares y oscuros sabinos que forman un bosque misterioso. ¡Cuántas veces el sabio naturalista se entregaba á la sombra de aquellos árboles á meditar en el porvenir de su patria! Queria la regeneracion de esta, no por la fuerza de las armas en combates sangrientos, sino por medio de la instruccion que es el

bautismo purificador de los pueblos. Quería la prosperidad pública y el bienestar privado, no por la burocracia, sino por el trabajo libre, por el sudor del hombre, agua santa que fecundiza la tierra y hace producir la riqueza. Cáliz era su corazón, lleno de amor, y por eso le espantaban tanto las guerras civiles: y desde el fondo de su retiro, enviaba á su país, envuelto en los horrores de la revolución, aquella frase cristiana y sublime: “HABLANDO Y NO MATANDO ES COMO HABREMOS DE ENTENDERNOS.”

Pero si sus manos nunca empuñaron el arma fratricida, no por eso Ocampo esquivaba el combate. Campeón denodado del progreso y de la libertad de los pueblos, entraba con fe y con valor á la lucha, pero á la lucha de la inteligencia contra las preocupaciones, del derecho contra la tiranía. Su campo de batalla era el terreno de una leal y franca discusión. Sus folletos contra los abusos del clero y contra el despotismo del partido conservador eran para sus enemigos, armas terribles que iban á herirles siempre en el corazón, en tanto que para sus amigos eran páginas santas del evangelio de la Democracia. Sus escritos se leían con avi-

dez en toda la república y se conservan todavía como venerandas reliquias.

El año de 1851 vino lleno de agitaciones á presenciarse una de las luchas electorales más reñidas y de más oscuro éxito que hayan tenido lugar en el país. El partido conservador que se había aprestado á la contienda por medio de sus periódicos—en México con el *Universal* y en Michoacán con el *Sentido Común*—se presentó insolente y audaz en los comicios, haciendo jugar el prestigio de la religión y el poder del dinero, en favor de sus candidatos. Sin embargo de todo ese imponente aparato, los liberales obtuvieron un espléndido triunfo: el general Arista ocupó la silla presidencial, y el decreto de la legislatura de Michoacán que declaraba al ciudadano Melchor Ocampo gobernador constitucional del Estado, fué á sorprenderle en su querida Pomoca y á arrancarle de sus estudios tranquilos y de las gratas labores de sus siembras.

La derrota electoral del partido retrógrado produjo en este tal rabia de despecho é impotencia, que desde aquel tiempo puede notarse el furor con que el clero se ha lanzado á combatir á los liberales, ya gastando, como en la revolucion de Jalisco, sus cuantiosos tesoros; ya sosteniendo y casi deificando á Santa-Anna, el hombre mas funesto de México; ya haciendo levantarse al ejército contra la nación, como en las revoluciones de Puebla y como en el plan de Tacubaya; ya trayendo al extranjero para teñir con la sangre del mexicano los verdes campos de la patria, como en la intervencion francesa, ya como hoy en que ha armado el brazo del fanatismo, ora con el puñal del parricida, ora con la tea del incendiario.

Aunque el decreto de la declaracion estaba fechado en 28 de Febrero de 1852, Ocampo no tomó posesion de su encargo, sino hasta el 14 de Junio siguiente. Recordamos que su primera visita oficial —él la llamaba visita de familia— fué al colegio de San Nicolas de Hidalgo. Pasó revista á aquella juventud que él decia *su ejército*, dirijiendo algunas preguntas y algunas frases llenas de ternura á los estudiantes mas niños, á quienes nombraba *los cazadores*.

Dos meses despues, la guerra civil había levantado su repugnante bandera en la capital de Jalisco y no tardó en vérsela aparecer en Michoacan, cargada con las nubes sombrías de un futuro borrascoso.

Llegó el 16 de Setiembre de ese año. Morelia se apresuró á celebrar con espléndidas fiestas el aniversario de la independencia nacional, y para dar mas realce al programa, la junta patriótica nombró orador al ciudadano Melchor Ocampo.

Estábamos ese dia confundidos entre los alumnos del colegio civil que asistian al acto oficial; vimos levantarse del sillón y salir de debajo del dosel al insigne patricio que subió á la tribuna y quedó frente á frente del retrato del Hidalgo. ¿Qué habia de simpática relacion entre esas dos grandes figuras de nuestra historia? No nos lo explicábamos entonces; pero nos parecia que las palabras de Ocampo hallaban una acojida protectora en la imágen del venerable anciano de Dolores.

El discurso del orador causó profunda sensacion en el Estado. Todavía hoy se citan sus palabras solemnes, sus frases sentenciosas y la energía del estilo. Pintó el cuadro sombrío de la situacion, es-

puso los peligros en que se veía envuelto el porvenir y conjuró al ángel de la union para que cobijase con sus alas al gran partido liberal. Estaban húmedos los ojos del tribuno, y la emocion arrancó lágrimas á los oyentes que se dispersaron silenciosos, agobiados de la mas profunda tristeza.

Ocampo reunia á toda prisa los elementos con que contaba Michoacan para combatir á los rebeldes; pero los vergonzosos tratados de Arroyo-Zarco y el impolítico golpe de Estado de Cevallos, introdujeron el pánico entre los liberales. Los acontecimientos se precipitaban y la confianza habia desaparecido. Hizo Ocampo renuncia del gobierno: el 24 de Enero de 1853 le fué admitida en el mismo decreto en que la legislatura le acordó un voto de gracias por el buen desempeño de su administracion.

Si Ocampo hubiera querido, el pueblo de Morelia que le amaba y le veneraba como á un padre, se habria levantado en masa contra la revolucion; pero antes que político, Ocampo era filósofo, y un derramamiento inútil de la sangre de sus hermanos, habria sido un remordimiento para su corazon.

Tranquilo y sin afectacion ninguna preparó su

viage á la vista de todos, y aceptando los servicios del honrado, cuanto leal amigo suyo don Cayetano Gómez, marchó á la hacienda de San Bartolo, propiedad de aquel señor: desde allí escuchó el estrépito lejano de las armas, siguió la caida desastrosa del partido liberal y supo que se entronizaba en la nacion el gobierno militar de Santa-Anna.

De nuevo los solitarios bosques de Pomoca le vieron llevar sus pasos lentos, de la biblioteca al jardin, del jardin á las sementeras, de allí á la cabaña, donde alguno de sus peones se hallaba enfermo, para prodigarle sus consuelos, recetándole él mismo y proporcionando á la familia los medios de subsistencia que no podia entonces ministrarle el enfermo.

Todo un libro se necesitaria para referir los actos de caridad oportuna que ejercia con tanta frecuencia.

Un día se hallaba debajo de unos árboles á la orilla del camino, cuando llegaba á su hacienda un atajo suyo que le servia para trasportar las semillas. Un peon que no le habia visto, exclamó:

—Con ese atajo seria yo feliz.

—Tómalo, es tuyo, contestó Ocampo, y haz porque se realicen tus deseos, pensando en tu familia.

Otra vez venia caminando de Tuxpan para Pateo en compañía del señor licenciado Luis Couto. Les sorprendió una tempestad desecha. El señor Couto se abrigó con un capote de hule y Ocampo se tapó con un magnífico zarape del Saltillo que acababa de comprar en ciento cincuenta pesos. Un pobre salió al encuentro de los dos viajeros, pidiendo una limosna. El señor Ocampo se quitó el zarape y lo ofreció al mendigo que asombrado le dijo:

—No señor, el zarape hace falta á su merced.

—Recíbelo. Yo voy á llegar á la hacienda y no lo necesito.

—Pero, dirán que me lo he robado, señor.

—Dí que yo te lo regalé.

El señor Ocampo sabia en efecto que al escuchar

su nombre, nadie podia dudar de la verdad del regalo.

El filósofo llegó á su hacienda, enteramente mojado, porque no quiso reservarse ni siquiera la mitad del abrigo.

Se cuenta que una tarde venia por el camino de México, montado en un mal caballo un viagero que revelaba estar sumido en la miseria. Ocampo que estaba parado en la puerta de su habitacion, conoció por el aspecto de aquel hombre que era una persona de educacion distinguida, victima de los azares de la fortuna.

—Caballero, le dijo al pasar, trae usted un caballo de raza pura que yo desearia poseer á cualquier precio.

El hombre aquel le miró, como quien desea saber si es el objeto de alguna burla.

—Hablo seriamente, continuó diciendo. Me llamo Ocampo, y sabe usted que poseo conocimientos en todos los ramos de la ciencia rural. Si usted gusta, escojerá un caballo de los míos y aceptará algo en dinero como ribete.

Ya que el viagero se persuadiera de que efectivamente su caballo era un árabe ó un andaluz de